

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO III.

Madrid, 25 de Agosto de 1895.

Núm. 113.

Director. Salvador Rueda.



EL DESAYUNO.



Post nubila
Phebrres—como
dice ó publica un
periódico, no de
los de mayor
circunvalación.

Modestito, pero
plagado de erra-
tas.

Este *Post nubi-*
la Phebrres pue-
de servirme como
salutación para di-
rigirme á ustedes.

Igual que si di-
jera:

—Buenos días, caballeros.

Ó este otro:

—Allá va, ¡que mancho!

Porque manchas y muy manchas de la prensa son
esos disparates que la embellecen á diario, partos de los
ingenios y de los eruditos que han tomado, no por asalto,
sino por agujero, como los ratones, plazas de redactores,
como pudieran tomar plazas de aguadores ó de carteros
del reino.

No pasa día sin disparate para algunos de nuestros
colegas.

Es el destino.

Allí donde vuelven ustedes la cabeza, tropiezan con
una gorda.

Y si no «¡andar y ver!»—como vocean algunos *maitres*
de baratillo,—esto es, escribir en estilo de más allá de
fin de siglo.

En una revista de toros telegráfica, ó sea—hablando
secundum reportere—revista por torogramas, ó corni-
gramas ó mujigramas.

Allá va:

«Luis lia los trastos.....»

Y se va. ¿No creen ustedes que sigue esto?

Pues no: «Lia los trastos, y al primer pase se le des-
compone la muleta.»

«Empieza á pasar desconfiado, dando un pinchazo.»

Si llega á adquirir confianza, no se contenta con pin-
char, ni al *corni-reporter*.

«Escupe la espada el toro.»

Supondrían ustedes que Luis no habría de escupir el
estoque.

No está mal, no está mal.

Adelante, vamos á otro toro:

«Luis lo despacha de un pinchazo en la media cruz,
descabellándolo al segundo intento.»

De «un pinchazo en la media cruz, descabellándolo al
segundo intento.»

¿Pinchaba ó descabellaba?

En ¡la media cruz!

¿Qué parte del toro será esa?

¡*Demi crois!*..... Nada; ni en francés doy con ello.

Por supuesto que *otavía* resulta más difícil la manera
de matar Guerrita al sexto toro de la corrida *mujigra-*
fiada.

Como que mató Rafael al toro «con una buena media
estocada hasta los rubios».

¡Atiza....., medias estocadas!

«Hasta los rubios», querrá decir: «hasta los france-
ses»; porque esto pasaba en San Sebastián, y estaban en
la plaza unos cuantos centenares de entusiastas aficio-
nados transpirenaicos.

Por fin, mientras todo vaya á dar en las *puntas*, del
mal el menos.

Lo malo es cuando da en blando, como en este otro
caso..... de lidia:

«Uno de los contendientes, al dar un golpe á su con-
trario—con navaja, ¿eh?,—se interpuso entre ellos—
¿entre él y el golpe?—la mujer de éste, recibiendo—á
pie firme y vaciando—una gran cuchillada en el brazo.»

—*Varios colegas*.

¡Una cuchillada hermosa! ¡Gran cuchillada!

¡Y en el brazo! ¡El único brazo que usa, tal vez, la
infeliz!

¡Ah, prensa, prensa, cuántos disparates se cometen
por ti y contigo!

Nota.—Para el número próximo preparo á ustedes
una sorpresa. *Deo «volante»*, según escribe y «prenuncia»
un conocido *literato*.

EDUARDO DE PALACIO.

Á SEVILLA

Quien quiera del mundo
gozar las delicias,
que vaya á mi tierra,
que vaya á Sevilla.

Allí, por do quiera,
se encuentra la dicha
que el alma ambiciona
hallar en la vida.

Un cielo sin nubes
constante cobija
aquellos lugares
de grata alegría.

Las flores, que abundan
en aromas ricos,
impregnan, al paso,
la mágica brisa,
que fresca murmura
allá en la campiña
meciendo las ramas,
y el fuego mitiga
de un sol esplendente
que abrasa, *que pica*,
cual suele decirse
del sol de Sevilla.

De un río grandioso
—el Betis—de orillas
amenas, se encuentra
bañada Sevilla.

El flujo y reflujo,
como al mar, lo agita,
y el cauce anchuroso
cruzan mil barquillas,
que á veces conducen
amigos y amigas
que cantan y tocan

y beben *cañitas*.

La extensa pradera,
que alfombra mullida
de césped ofrece
y flores muy finas,
que esparcen su aroma
al par que matizan
con vivos colores;
la esbelta colina
poblada de arbustos,
olivos y encinas;
la espesa alameda
que crece en la umbría
margen del arroyo,
cuyas aguas brinda
tan frescas y puras
como cristalinas,
testigos son siempre
de escenas de dicha,
de dulces coloquios
y amantes sonrisas,
de aquellos que, alegres,
reunidos en gira,
en pos de mil goces
su paso encaminan
ya al prado, ya al río,
ó bien á la cima
de algún vericuesto,
de do se divisan,
los campos feraces
y blancas casitas.

Y allí, entre el ramaje,
se juega, se brinca,
se come, se bebe,
se canta, se grita,

se cuelgan columpios
en que son mecidas
las jóvenes, mientras
que las viejas guisan,
y todo allí es goce,
y todo alegría.

¡Qué casas tan blancas,
alegres y lindas,
con patios extensos
do el nardo se cría
al pie de la fuente
de mármol! ¡Qué niñas
se ven por do quiera!.....
¡Ay, Dios! ¡Qué chiquillas!
Sus ojos son grandes,
de un negro de endrina,
y un fuego hay en ellos
que quema al que miran;
sus labios son rojos
y gruesos, que incitan
á dar, por un beso,
diez años de vida;
su talle delgado
lo mismo se cimbra
que el tallo flexible
que abate la brisa;
su pie microscópico
parece mentira
que á un cuerpo de peso
de base le sirva.

.....
En fin, quien no crea
que existe la dicha,
¡que vaya á mi tierra!
¡Que vaya á Sevilla!!!

V. TE ARREIS.



FISONOMÍAS MADRILEÑAS

CUADRO DE COSTUMBRES

LA GALLERA

A Salvador Rueda.

He ahí la distracción favorita del indio filipino: ella tiene la virtud de despertar sus afanes de lucro; por ella se siente capaz del trabajo más penoso, del sacrificio más grande, de la privación del desco más apetecido; por ella abandona sus deberes más sagrados y sus ocupaciones más apremiantes; por ella, en fin, se emancipa de ese perezoso y soñoliento estado de laxitud á que le condena la influencia enervante de una atmósfera abrasada y caliginosa.

No se concibe en Filipinas fiesta solemne de patrono de pueblo, ni domingo sin gallera: el Tesoro tiene en este tradicional esparcimiento del pueblo indígena uno de sus más importantes y saneados recursos; los asentistas y subarrendadores le con-

vierten igualmente en fácil medio de explotación, y el indio, el chino y el *amateur* europeo van á buscar en los sangrientos azares de la lucha de esos vigilantes y altaneros polígamos de corral, que fueron símbolo de intrepidez y de valor entre los antiguos guerradores de la culta Grecia, la ganancia problemática y la ruina segura de unas cuantas familias.

La gallera es el único espectáculo que tiene allí el privilegio de conmover á las muchedumbres indígenas: id á un circo de caballos, presenciad en aquel país la representación de un sainete de bien urdida trama y de situaciones grotescas, y veréis pasar en silencio, casi inadvertidas para la generalidad del público, las sonoras bofetadas y las chispeantes ocurrencias de los clowns, las frases más picarescas y las escenas más ingeniosas de la obra teatral. Esos chisporroteos de gracia, que son el regocijo de este franco y noble pueblo español, dispuesto siempre á celebrar con ruidosas ovaciones y frecuentes carcajadas la copla picante y el chiste culto, se escuchan allí con la misma frialdad, con la misma indiferencia que escucharían un soporífero discurso de Jove y Hevia, ó un drama original del seráfico Catalina. Si queréis ver la clásica indolencia del indio convertida en nerviosa movilidad, acudid á su gallera: antes de penetrar en el inmundo *bahay* de caña y nipa, con sus extensas graderías de madera sostenidas por columnas que aquella naturaleza exuberante y grandiosa hace brotar por todas partes en forma de troncos de flexibles cocoteros y majestuosos *talisays*, os sorprenderá el vocerío de una muchedumbre bulliciosa, frenética, que discurre en todas direcciones, comentando los lances de la reciente pelea, en que un gallo, casi moribundo, en el último esfuerzo de su lenta agonía, clavó la acerada lanceta en el corazón de su adversario, dejándole inmóvil á sus pies, en medio de la estupefacción general.

Hállanse de ordinario las galleras filipinas circundadas por un seto de caña entretrejida, en cuyo ancho recinto se instalan numerosos tenderetes, que despiden un olor acre y nauseabundo; unos cuantos mercadillos chinos y algunas mujerzuelas industriosas expenden allí á los jugadores toda clase de comestibles y golosinas, refrescos, vinos del país, tabacos, *buyo* y alcoholes.

La función da comienzo en las primeras horas de la mañana, y suele prolongarse el tiempo necesario para que entren en ella todos los gladiadores destinados al sacrificio. El palenque cerrado para la sangrienta lucha es un estrado rectangular, circuido por balaustradas de madera, entre cuyos barrotes se extiende una espesa red de alambre para que no se escapen los contendientes. Antes de la *soltada*, los gallos son sometidos á escrupuloso examen y pesados en una balanza, que tiene por objeto equilibrar las fuerzas y el empuje de los futuros luchadores. Cuando termina esta delicada operación, á la que conceden gran importancia los *dilettanti*, se provee á los lidiadores de su terrible arma de combate, consistente en un afilado espolón de acero, incisivo como agudo bisturí y cortante como navaja de afeitar. Mientras los hábiles *soltadores* de oficio, en cuchillas, acarician á las víctimas, aproximándolas hasta que se pican, y enfureciéndolas con el castigo para que, una vez sueltas, arremetan con bravura, los jugadores conciertan sus apuestas, el vocerío se generaliza, ocupan sus asientos en la grada los que poco antes habían visitado los tenduchos

ambulantes para reponer fuerzas gástricas ó para apagar la sed con frecuentes libaciones alcohólicas; confúndese el timbre argentino de las monedas entregadas al azar con el canto sonoro y alegre de los gallos, y óyese entre el bullicioso y atronador gentío, presa de excitación indescriptible, un murmullo sordo y creciente, en que vaga entre oleadas indecisas todo un mundo de emociones, dictérios, sonrisas, gritos, promesas y esperanzas.

El momento es solemne: las extensas graderías, atestadas de gente en abigarrado conjunto de todas las clases sociales, presentan un golpe de vista animado y pintoresco. Cien camisas de piña bordadas, con sus pintarrajeados matices y sus gruesos botones de brillantes, irisados y deslumbradores, que son el lujoso atavío de los mestizos adinerados, contrastan con los harapientos andrajos de vivos colores con que cubren sus achocolatadas desnudeces los indios de la sementera. En estos instantes, el cuadro es digno del pincel de Goya: mil brazos se agitan; mil miradas en que se refleja la impaciencia, convergen en un punto; mil bocas, enrojecidas por el *buyo*, gritan á la par; mil corazones laten confundidos en una sola esperanza..... ¡Cuánta vida entonces, cuánta luz, cuánta animación entre aquella muchedumbre, poco antes sumida en esa mansa quietud, en esa enervadora pasividad, en esa eterna melancolía que parecen constituir el carácter propio, la fisonomía peculiar, el temperamento distintivo de aquellas razas que viven bajo el influjo del ardiente y hermoso sol de los trópicos!.....

La lucha va á empezar furiosa, implacable, sin un minuto de tregua, entre dos enemigos que se odian con ferocidad, se persiguen con instintiva codicia, y que, ya impacientes, irritados, estiran el cuello adornado con vistoso y multicolor cerquillo de plumas largas y encrespadas por la cólera. Los *soltadores*, sujetando á sus valientes adalides por la cola abundante y lustrosa, que semeja vistoso penacho de metálicos visos, esperan la señal del *juez sentenciador*, que es, por lo general, un indio anciano, á quien su larga práctica, su reconocida imparcialidad y sus especiales conocimientos en tan difícil materia, dieron autoridad omnimoda, inapelable para decidir todo género de contiendas entre gallos y jugadores; las apuestas menudean, se acentúan los ademanes y el alboroto de la plebe, y se oyen á un tiempo cien voces que gritan desaforadamente:

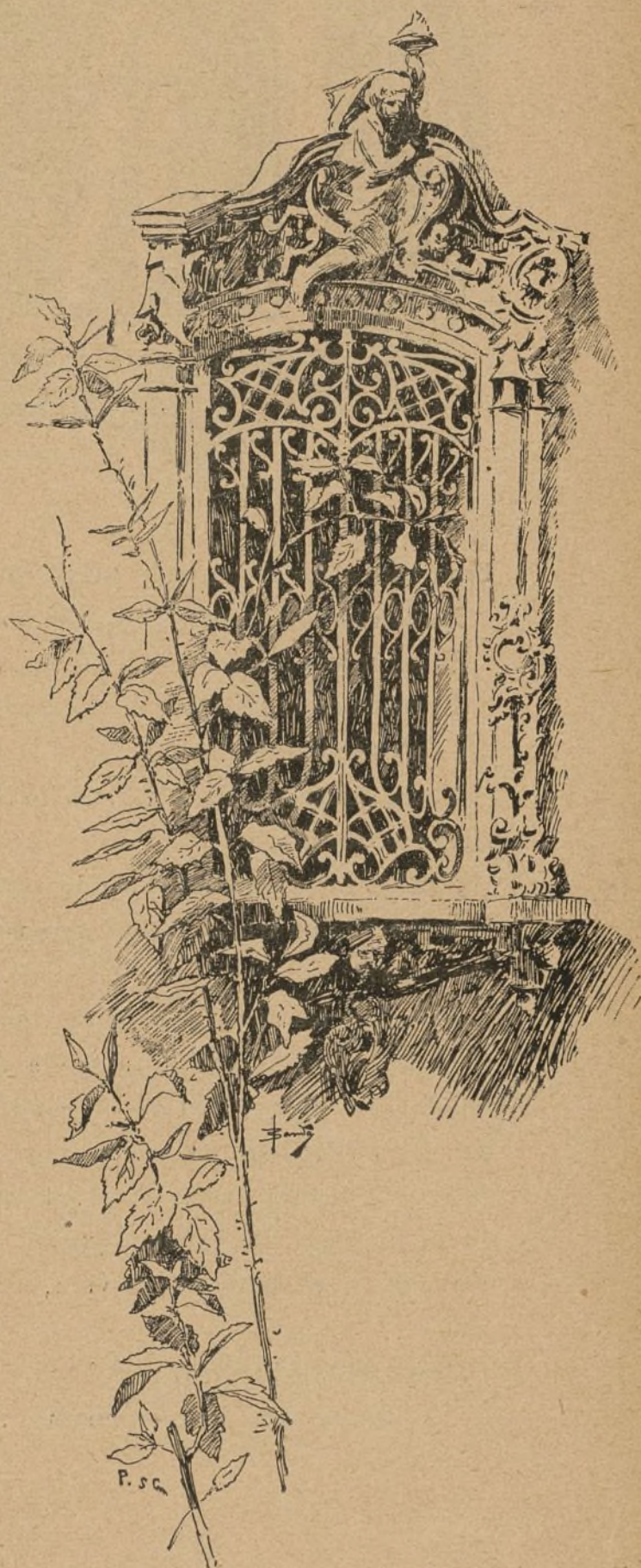
—Por el *bulí* voy cinco pesos.

—Tres contra dos por el *talisay*.

—¡Van; van conmigo!...

Las monedas caen como incesante lluvia de plata sobre el estrado; se anotan las transacciones; hay un instante de profundo silencio, precursor de grave y trascendental acontecimiento. y, de repente, un grito general anuncia que los gladiadores se han lanzado á la palestra. Las apuestas siguen cruzándose de un lado á otro de la gradería; los contendientes, astutos, recelosos, van y vienen, se miran de través como acechando el momento de una arremetida por sorpresa; cantan, se sacuden con fiera el erizado plumaje, yerguen la cabeza con varonil arrogancia, poco á poco se aproximan, abren de pronto las alas, saltan con ligereza, y al encontrarse en el aire, dejan caer una nube de flotantes plumas. Ya están frente á frente los luchadores con los picos alargados, mirándose con unos ojos que relampaguean de coraje; los saltos son más frecuentes; se hieren con el punzante aguijón, se persiguen, se pican en el cráneo, en los ojos, en el cuello, arrancándose trozos de carne ensangrentada, hasta que, en uno de sus vertiginosos revuelos, clava uno de sus contendientes el acerado espólón en el pecho de su adversario, que cae exánime, pataleando, sintiendo aún en los estertores de su terrible agonía los picotazos, continuos, implacables del verdugo, que le martiriza sin descanso y sin piedad. Entonces el vencedor, ufano, arrogante, provocativo, harto de sangre y de venganza, entona en prolongado *¡quiquiriquí!*..... el himno de la victoria, confundiendo sus ecos estridentes con el ensordecedor griterío de la frenética muchedumbre..... Víctima y verdugo son recogidos inmediatamente por sus dueños: la alegría del uno contrasta con la terrible pesadumbre del otro: mientras el afortunado saborea en silencio su triunfo y cauteriza con alcohol los rasguños del valiente animal, el perdidoso, llevando consigo como trofeo de su derrota el ensangrentado cadáver del que fué su mejor amigo, su compañero inseparable, su ídolo, se retira tristemente á su maltrecho y destartado *bahay*: allí le espera la mujer amante, esa simpática heroína del hogar indígena, resignada al sacrificio, dispuesta siempre á trabajar y á producir, mientras que el venturoso padre de sus hijos disipa en el ocio su miserable existencia, roba á los seres amados las caricias de que es tan pródigo con sus gallos de pelea, y aguarda impaciente el domingo para verlos morir tras de sangrienta y desapiadada lucha, acaso para dejar sin el honrado pan del trabajo á una familia desgraciada.

ANTONIO CHAPULI NAVARRO.





INSTANTÁNEAS

EL HÉROE

ÁSTIMA de joven que dió la vida por su patria!

Vedle, en el campo de batalla, al frente de todos sus compañeros, que van hacia la muerte.

Vedle, desafiando las balas del enemigo y envuelto en negra columna de humo, cómo arrebató la bandera que había caído en manos del enemigo de su nación.

Vedle, cómo cae al suelo, atravesado el pecho por una bala, y oid su último grito, que es un viva á su patria.

Vedle, al fin, en una camilla, y bajo las sagradas bóvedas de un templo, que se ha convertido en hospital militar.

¡El momento es solemne!

El veterano general y sus oficiales se descu-

bren ante el moribundo, y por encargo de su rey colocan sobre su pecho una cruz laureada.

La bandera de la patria se halla plegada á sus pies como para servirle de sudario.

El sacerdote le administra la sagrada forma.

El ruido de la artillería se oye á lo lejos.

¡Todos le llaman héroe!

Y, sin embargo..... ¿Ha satisfecho la patria todas las deudas contraídas con ese mártir, al conferirle ese título?.....

¿Qué le importa á la madre de aquel hijo, que la guerra le arrebató, que le llamen héroe, si una bala perdida ha tronchado en flor una existencia llena de los encantos de la juventud y de la esperanza?

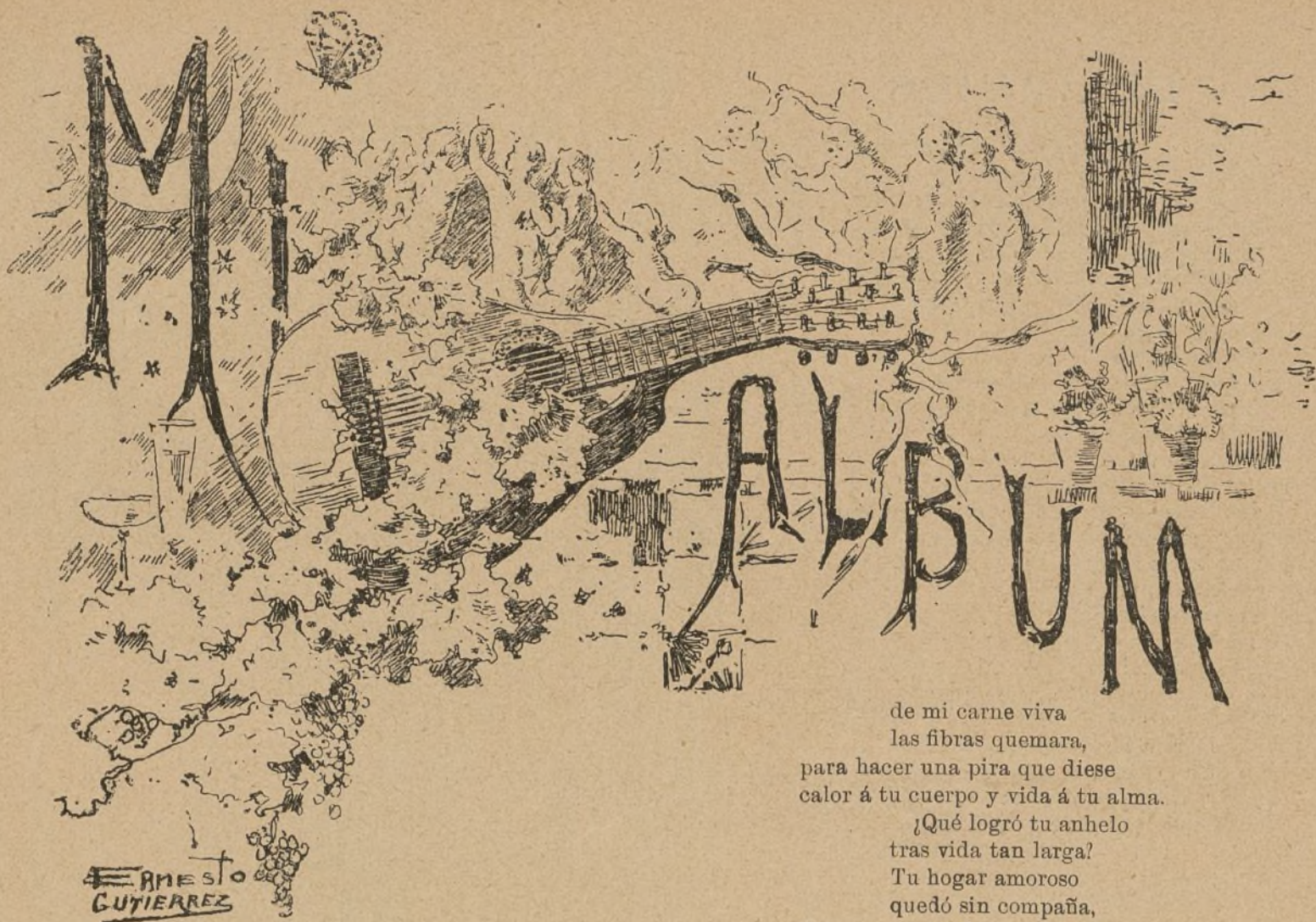
Allí, bajo las bóvedas de aquel templo, convertido en hospital de sangre, donde los ayes de los heridos han reemplazado á los cantos religiosos, y donde el hedor de la muerte ha sustituido al aroma del incienso, allí muere un hombre que la guerra va á borrar de la lista de los vivos, y los laureles que le adornan y la bandera que va á servirle de mortaja no son más que el aparato de la vida, para una existencia que se apaga.

Después..... ¡Un héroe para la patria!..... ¡Nada!

¡Un hijo muerto para una madre!..... ¡Mucho!

MIGUEL DE PALACIOS.





MISERICORDIA

Vacilante y débil
como arista vana
que en otoño los vientos sacuden
en los círculos mil de su danza,
de tu larga vida
te miro, al extremo, marchar con tu carga,
y yo, joven, no puedo aliviarte
del cansancio que dobla tu espalda.

A tus nobles ojos
de dulce mirada
ya se asoman los visos del ópalo
que caducas tristezas delatan.
Resignada miras
tu luz que se apaga,
y me dices con tono de niño:
«Ya poco me falta;
quizás cuando lleguen
del invierno las frías nevadas,
bajarán á posarse en mi fosa
los copos que labren mi fría mortaja.»

Yo no sé en mis entrañas qué siento
cuando escucho esas tristes palabras,
y observo que oscila,
cual trémula llama,
el espíritu débil que tiembla
en tu sér como agónica lámpara.

Si ardiera mi sangre,
y lumbré brotara
de mis huesos, al fuego arrojados
como leña al furor de las ascuas,

de mi carne viva
las fibras quemara,
para hacer una pira que diese
calor á tu cuerpo y vida á tu alma.

¿Qué logró tu anhelo
tras vida tan larga?
Tu hogar amoroso
quedó sin compañía,
dispersaron tus hijos el vuelo
en libre bandada,
y quedóse en tu noche perenne,
redoblando tus miserables ansias,
tu recuerdo, que horada tu vida
como isócrona gota de agua.

No llores, no llores,
que me oprimen el pecho tus lágrimas;
tú no irás cual mendigo á la puerta
en que da la bondad una gracia.

Mi mesa es humilde,
modesta es mi casa,
pero en ella la luz de los cielos,
juventud y cariño no faltan.

Me verás de noche
en mis mudas y solas veladas
componer las poesías que ansiosa
deletrea tu vista cansada.

La vejez no duerme
y oírla me encanta;
me dirás cien historias sabrosas
de duendes y hadas;
y en el ritmo vibrante y preciso
que la idea condensa en palabras,
les daré con la rima sonora
las plumas de oro que formen sus alas.

Como el pájaro cuelga su nido
de viga cascada
que del techo las piedras sostiene,
yo pondré la poesía en tus canas;
y quizás como el tronco recuerda
que, verde, las aves sostuvo en sus ramas,
sentirás de tus frescos abríles
los sueños que vuelven de nuevo á tu alma.

SALVADOR RUEDA.

DELIQUIOS

¿Quieres que haga una cántiga amorosa
imitando tu angélica sonrisa,
que parece el susurro de la brisa
cuando besa el pistilo de una rosa?

Hablaré de esos labios de granada,
que en tu boquita breve
son dos gotas de sangre coagulada
sobre copos de nieve.

De tus ojos, estrellas luminosas
que esconden titilante parpadeo,
y parecen dos negras mariposas,
de blanquísimas alas,
en suave revoleo
sobre rojo clavel de ricas galas.

Los ángeles, de tu alma enamorados,
pusieron por pestañas en tus ojos
rayos de luz robados
á excelsos luminares;
y en esos labios rojos
dos armónicos disticos rimados
que inspiran el cantar de mis cantares.

Tu acento es dulce ritmo que suspira
entre tus labios preso,
y que llega á las cuerdas de mi lira
en un alado beso,
que hoy en tu boca trema
el dulcísimo canto de un poema.

LUIS ZAPATERO.



Nada, que no me atrevo á mirarme al codo,
porque creo que se me ha convertido en un cria-
dero de setas.



Él.—Yo te quiero, yo te adoro....

Ella.—¡No van á ser cinco dedos los que le voy á meter en la cara á este
ruiseñor!

EN EL SALÓN

—¡Entrad!— me dijo el estirado paje;
frunció la faz con típica sonrisa;
y describió de golpe en la cornisa
el gigantesco alón del cortinaje....

Cefido el cuello de espumoso encaje,
surgió ella leve, vaporosa, á prisa,
ahogando el taconeó con que pisa
en el frufrú de su sedoso traje....

Nos saludamos con cortés palabra....
Hablamos del estío y del otero,
y del trabajo que fecunda y labra;

hablamos de la ardiente poesía;
hablamos con calor.... Cogi el sombrero,
y la estreché la mano: ¡estaba fría!

José L. CHOCANO.



EL CARDO

Eres como el cardo,
niña de mi alma,
mucho la apariencia,
poca la sustancia.

Todo se te vuelven
hojas y más hojas,
randas y más randas,
tocas y más tocas.

No del fofio cardo
con la pompa falsa,
quiero que te muestres,
niña de mi alma.

Déjate de adornos
y de perendengues,

y muestra el espíritu
tal como lo tienes.

Mujeres y cardos
lo echan todo en velos,
y si va á mirarse,
nada hay bajo de ellos.

Yo prefiero en ellas
menos ringorrangos,
menos envolturas
y randas y lazos;
pues si al cardo imitan,
niña de mi alma,
mucho es la apariencia,
nada la sustancia.

JOSÉ DE LANZAS.

UN ARTÍCULO DE CONDE Y LUQUE

El ilustre cordobés D. Rafael Conde y Luque, actual Director de Instrucción Pública, está siendo objeto de grandes elogios, no ya sólo por sus singulares dotes de talento, cosa que cumplidamente demostró mil veces como Fiscal del Tribunal Supremo y como catedrático, sino como literato cultísimo, como hombre de pluma. El reciente número extraordinario de *El Nacional* ha publicado un artículo de Conde y Luque, tan bien escrito, tan primoroso en la forma y tan rico de savia, acerca de S. M. la Reina, Cánovas y Martínez Campos, que ha tenido el privilegio de que se esté hablando de él en Madrid durante una semana. Nosotros nos alegramos grandemente de este triunfo del Sr. Conde y Luque, por ser éste andaluz, hijo de la patria de Lucano y de Góngora, y porque, además, no pueden los elogios del público recaer en un hombre que sea un más completo caballero que el ilustre autor del artículo. Un escritor que además sea un espíritu, la verdad es que se ve pocas veces, y por eso hay que aplaudir de firme cuando se encuentra.



LA PRIMERA DEFENSA



A Sala de abogados hallábase aquel día muy concurrida. Un neófito en las lides del foro iba á defender un reo de homicidio. El juicio ofrecía interés. Penetró el nuevo Letrado en la estancia, y los veteranos de la toga adelantáronse á recibirlo. Aquellos viejos de canas patillas y lucientes calvas, que ocultaban con el negro birrete, sentían verdadera curiosidad por conocer las dotes oratorias del novel compañero. Sentóse éste junto al Decano del Colegio, el cual, con cariñoso tono, le dijo:—Conque amiguito, nada de miedo, y á lucirse en la primera defensa.

Quedó el aludido un momento indeciso, como el que teme contestar; mas al fin se atrevió á decir:—No; si la primera defensa ya la he hecho.....

Miráronse sorprendidos los circunstantes, comprendiéndolo así el joven, y exclamó:—La cosa es un poco extraña; pero escuchadme.

Pasaba junto á un Palacio de Justicia, á cuya ancha puerta agolpábase bulliciosa multitud esperando la hora del juicio. Era por *jurados*, y suponían todos que el reo sería condenado á muerte.

Guiado por secreto impulso, instintivamente atravesé aquel mar humano, penetré en la Sala, y su aspecto dejome sorprendido.

Bajo artístico dosel, que adornaban gasas y flores, aparecía la encantadora Venus cercada por las tres Gracias. A sus pies, formando el tribunal, veíase á la Verdad, la Justicia y la Honradez. Oficiaba de Fiscal el Odio, y de Escribanos, la Vejez y la Juventud.

Contemplando uno de los bancos del Jurado, sentíase extraordinario gozo; mirar al opuesto, estremecía de pavor. En el primero lucía su sencillo traje la Modestia; su angelical rostro la Bondad; su satisfacción la Felicidad; su hermosura la Belleza; su tranquilo espíritu la Virtud; su regocijo la Alegría.

En el segundo mostrábase irritada la Altivez; carcomida la Envidia; aterradora la Desesperación; repugnante la Fealdad; intranquila la Perversidad; angustiada la Tristeza.

En la barra, vestidos de ujieres, estaban el Servilismo y el Envilecimiento; en la tribuna de la prensa dormitaban la Ignorancia y la Ingenuidad, y tomaban notas la Mentira y la Adulación.

Mas el puesto del defensor hallábase desierto; nadie quería ocuparlo; decían era causa perdida; entonces le ocupé yo.

Penetró el reo, sentóse en el banquillo, y todas las miradas se fijaron en él. Era un niño, un niño bello, sonrosado, angelical, graciosamente encantador. Aquello era inicuo, infame: ¡un sér tan hermoso, tan débil, acusado de homicidio! ¡Imposible!

Levantó en esto el Servilismo una cortina roja, y penetraron en la Sala los testigos.

Arrastrando lujosos mantos, recamados de oro y pedrería, presentáronse el Orgullo y la Soberbia. Apenas se dignaron hablar, y miraron á todos con significativo desprecio. Tras ellos, mostrando sus lacerias y miserias, llegó una turba repugnante, que apostrofó cruelmente al reo. Formábanla el Rencor, el Vicio, el Hastío, el Despecho, la Traición, el Egoísmo, el Desdén y el Desengaño; los que á porfía declararon mil infamias.

Impúsoles la Presidencia silencio, levantóse el Odio y comenzó la acusación. Su oratoria era terrible, implacable, fatal; y en medio de su aluvión retórico, en el citar de crímenes, suicidios, guerras, imperios que se derrumban y almas que se condenan, oíanse los nombres de Elena, Safo, Ofelia, Cleopatra, la Cava, Isabel, Julieta, Francesca, y mil y mil más, todas víctimas de aquel niño rubio, que me sonreía cariñosamente, como animándome á su defensa.

Y hablé, hablé con la energía del que siente lo que dice; como habla el que desea conquistar lauros, para ofrecerlos á su amor; y yo anhelaba coronar con ellos el retrato de la virgen que presidía mi mesa de estudio..... Y conforme avanzaba en mi jurídica oración, huían los miserables testigos, presintiendo su derrota, y ocultábanse en sus capas los jurados del siniestro banco. Sólo la Tristeza, que simpatizaba con mi defendido, se pasó al opuesto, y, formando mayoría, lo absolvió.....

Entonces, la Verdad, que presidía el juicio, apareció radiante, deslumbradora, completamente desnuda, tal y como ella es; y declaró al reo inocente, y responsables de sus crímenes á los jurados que se ocultaban y á los testigos que huían.

Vitoreó el pueblo al niño rubio, que, todo sonriente, se acercó para decirme:—Espera, que voy á pagarte.—Y empuñando un dorado arco, me atravesó el pecho con una flecha.

Huyó el ingrato, caí exánime en el suelo, y al volver en mí..... penetraba un rayo de sol por la entreabierta ventana de mi alcoba, yendo á dar en el retrato de la virgen que presidía mi mesa de estudio, la cual, todavía sonriente y amorosa, parecía decirme:—Vamos, hombre, levántate, que voy á pagarte con..... un beso la defensa que has hecho del amor.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA.

ENTRE BASTIDORES

(DIBUJO DE CILIA.)



—Cree nuestro empresario, y se equivoca, que para salvar una obra son indispensables los trajes de capricho.
—Pues ya le he dicho yo, si ha de ganar dinero, tiene que empezar las economías por eso, por suprimiros los trajes.



ROMBOS ENLAZADOS POR ÁNGEL SUERO

```

      *
    * * *
  * * * *
* * * * *
* * * * *
  * * * *
    * * *
      *
  
```

Sustituir los puntos por letras hasta que horizontal y verticalmente digan:

1.º Vocal y consonante.—2.º Nombre de mujer y villa de Jaén.—3.º Gruta poética é Imperio.—4.º Nombre y apellido de un afamado escultor.—5.º Conjunto de armas y asiento con respaldo.—6.º Tiempo verbal y parte del ave.—7.º Vocal y nombre de mujer.



Novelas menores, por D. Antonio de Valbuena (*Miguel de Escalada*). De poder ocuparnos de esta nueva obra del célebre escritor, como se merece, habría de ser en la primera plana, y ocupando la mayor parte de este número de LA GRAN VIA. No siendo esto posible, por la índole de esta clase de Revistas, las cuales están de monos con las críticas extensas, sólo podemos echar de golpe, y sin razonarlo, un haz de flores sobre libro tan hermoso, tan lleno de substancia literaria, tan primorosamente escrito, y en el cual Valbuena demuestra cumplidamente lo que hace tiempo (desde que leímos su otra obra, *Capullos de novela*) tenemos de sobra sabido, y es que el concienzudo crítico, famoso en España y en todas las Américas, es un novelista de cuerpo entero. Interés, originalidad, acción, caracteres, pinturas á la pluma, ambiente, entonación, todo está admirablemente dispuesto dentro de planes armónicos, desarrollados por la pluma magistral del novelista á la vez que del poeta en prosa. Las personas cultas que deseen pasar un día de goce estético, lean esta obra encantadora del insigne escritor.

DERECHOS RESERVADOS.

METÁGRAMA ACRÓSTICO POR A. NOVEJARQUE

```

0 0 * 0 0
0 0 * 0 0
0 0 * 0 0
0 0 * 0 0
0 0 * 0 0
0 0 * 0 0
0 0 * 0 0
  
```

Reemplazar los ceros por letras tales, que si el acróstico, ó sea la línea de estrellas, expresa un nombre de varón, se lean horizontalmente unos significados, y si expresa un nombre de mujer, otros de modo que se lea:

Con el nombre de varón.

Tiempo verbal.—Ídem.—Ídem.—Obra literaria.—Frutas.—Ciudad del Piamonte.

Con el nombre de mujer.

Ladrón.—Cosa lisa.—Naípe.—Guerrero.—Mamíferos.—Tiple cómica.

TARJETA-ANAGRAMA, POR EJALVO

A. Cirilo Anapa
Ópalo, dos.
León.

Combinando las anteriores letras, hallar el nombre y apellido de un aplaudido autor dramático y el título de una de sus mejores obras.

CONCURSO REAL, POR A. NOVEJARQUE

```

A * * * * *
* * * L * * *
* * * * F *
* * * * O * *
* N * * * *
* * * * S * *
* * * * * O
  
```

Reemplazadas las estrellas por letras, se leerán horizontalmente siete monarcas de España.

LO QUE PREFIERO

De las frutas, la camuesa
(aunque me llamen camueso);
de los postres, sólo el queso,
y de relojes..... *La Inglesa.*

17, PRECIADOS, 17.

A P U E S T A

He apostado con Marquínez,
y á cualquiera apostaría,
á que no hay camisería
mejor que la de *Martínez.*

San Sebastián, 2, Madrid

DR. BALAGUER, PRECIADOS, 25 INSTITUTO DE VACUNACIÓN DE TERNERA

Vacunación diaria de 2 á 5.

Se vende y remite vacuna á provincias.

SOLUCIÓN Á LA ADICIÓN

INSERTA EN EL NÚMERO ANTERIOR.

```

O
O S
R O S
R O S A
E R O S A
  
```

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.

**NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
LITERARIOS NI ARTÍSTICOS**

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyras».